

Las Hadas de Francia

(Traducido especialmente para "La Nación")

—Acusada, levantáos, dijo el presidente.
Hubo un movimiento en el banco horrible de las incendiarias, y algo informe y temblante vino a apoyarse contra la barra. Era un paquete de harapos, de boxes de remiendos de cáñamos, de viejas flores, de viejos penachos, cubriendo un pobre rostro marchito, curvado, arrugado, empujado, en que la malicia de dos ojillos gros brillaba en medio de las arrugas como un lagarto en la hendidura de un viejo muro.

—¿Cómo os llamáis? se le preguntó.
—Melusina.
—¿Decís?...
—Ella repitió con mucha gravedad:
—Melusina.

Bajo sus grandes mostachos de coronel de dragones, el presidente dejó escapar una sonrisa, pero continuó sin pestañear:
—¿Vuestra edad?
—No la recuerdo.
—¿Vuestra profesión?
—Soy hada!...

El auditorio, el consejo y hasta el comisario del gobierno, todo el mundo soltó una gran carcajada; pero esto no lo turbó, y con su voz clara y temblorosa, que se elevaba en la sala y flotaba como una voz de ensueño, en la vieja prosa:
—Ah! las hadas de Francia ¿dónde están? Muertas todas, mis buenos señores. Yo soy la última, no queda más que yo... En verdad, es lástima grande, pues la Francia era mucho más hermosa cuando tenía aún sus hadas. Eramos la poesía del país, su encanto, su juventud. Todos los sitios que frecuentábamos, los rincos enmarrañados de parque, las piedras de las fuentes, los torresones de los viejos castillos, las brumas de los estanques, las grandes landas pantanosas, recibían de nuestra presencia no sé qué de mágico y de grande. A la claridad fantástica de las leyendas, se nos veía pasar un poco por todas partes, arrastrando nuestros vestidos en un rayo de luna, o corriendo por las praderas sobre las puntas de las hierbas. Los campesinos nos amaban nos veneraban.

—En las imaginaciones ingenuas, nuestras frentes coronadas de perlas, nuestras varitas, nuestras rucias encantadas, mezclaban un poco de temor a la adoración. Así nuestros manantiales permanecían siempre claros. Las carretas se detenían en los caminos que guardábamos; y como respetábamos al viejo, nosotros, las más viejas del mundo, de un extremo a otro de la Francia se dejaba a los bosques, y a las piedras demorarse por sí mismas.

—Pero el siglo ha continuado su marcha. Llegaron los ferrocarriles. Se abrió túneles, se cogió los estanques, y se hizo todo a los golpes, todo, que muy pronto ya no hemos sabido donde guarecernos. Poco a poco los aldeanos no han creído ya en nosotros. De noche, cuando golpeaban en la puerta, Robín decía: "Es el viento", y se dormía de nuevo. Las mujeres ya no venían a lavar a nuestros estanques. Desde entonces, como no vivíamos sino de la creencia popular, al perderla, lo hemos perdido todo. La virtud de nuestras varitas se ha desvanecido, y de reinas poderosas que éramos, nos hemos vuelto mujeres viejas, arrugadas, malvadas como hadas a quienes se olvida; agréguese a esto nuestro pan por ganar el pan, durante algún tiempo, se nos ha encontrado en los bosques arrastrando cargas de ramas secas, o recogiendo bellotas a orillas de los caminos. En los bosques guardabosques eran duros con nosotros, los campesinos nos arrojaban piedras. Entonces, como los pobres que no saben cómo ganar su vida en el campo, hemos ido a buscarla en el trabajo de las grandes ciudades.

—Hay algunas que han entrado en las hilanderías. Otras han vendido manzanas durante el invierno, o a la entrada de los puertos, o rosarios a la puerta de las iglesias. Empujábamos ante nosotros pequeñas carretas con naranjas, ofrecíamos a los pasantes, y de un centavo que nadie quería, y los rapaces se burlaban de nuestras barbillas temblorosas, y los policías nos hacían correr, y los omnibus nos atropellaban. Después, la entredad, las privaciones, una sábana de hospital sobre la cabeza... Hé ahí cómo la Francia ha dejado morir a todas sus hadas. Ha sido bien castigada por ellas.

—Si, sí, reid, mis buenas gentes. Mientras tanto, acabamos de ver lo que es un país que ya no tiene hadas. Todos hemos visto a estos campesinos glotones y maliciosos abrir sus chozas a los prusianos e indicarles los caminos. Ved Robín no creía ya en los sortilejos; pero no creía tampoco en la patria. Ah! si hubiéramos estado allí, nosotras, de todos estos alemanes que han entrado en Francia, ni uno sólo habría estado vivo. Nuestros sortilejos, nuestros fuegos fatuos, los habrían conducido hacia el abismo. A todas estas fuentes puras que llevaban nuestros nombres, habríamos mezclado breves encantados que los habían vuelto locos; y en nuestras asambleas, al claro de luna, con una palabra mágica, habríamos confundido tan bien los caminos, los ríos, de tal modo que el viajero de espaldas, de matraca, estos claros de bosque a donde iban siempre a refugiarse, que los ojos de gato del señor Molke no habrían podido darse cuenta de nada. Con nosotros, habrían marchado los campesinos. De las grandes flores de nuestros estanques habríamos hecho billetes para las heridas, los cabellos de angel nos habrían servido de hilas; y sobre los campos de batalla, el soldado moribundo habría visto al hada de su cantón inclinarse sobre sus ojos semi-cerrados para mostrarle un rincón de bosque, una vuelta del camino, alguna cosa que le recordase su tierra. Es así como se hace la guerra nacional, la guerra santa. Pero ¡ay! en los países que ya no tienen hadas, esa guerra no es posible.

—Aquí la vocería frágil se interrumpió un momento, y el presidente tomó la palabra:
—Todo esto no nos dice lo que hacéis del mundo. ¿Por qué no sorprendido cuando los soldados os han detenido.
—Incendiada a París, mi buen señor, respondió la vieja, muy tranquilamente, inclinándose un poco, porque lo odio, porque se ría de todo, porque es el quien nos ha muerto. Es París quien ha enviado sabios para analizar nuestras hermosas fuentes milagro-

La vida en Petrograd bajo la dominación bolsheviki



DAMAS DE LA ARISTOCRACIA RUSA QUE SE GANAN LA VIDA HACIENDO LA LIMPIEZA DE LOS CUARTELES, OCUPADOS POR LA SOLDADOSCA MAXIMALISTA

...sas, y decir con exactitud lo que entraba allí de hierro y de azufre. París se ha burlado de nosotras en sus teatros. Nuestros encantamientos se han convertido en engaños, nuestros milagros en faros, y se ha visto tantos rostros feos pasar con nuestros vestidos rosados, nuestros carros alados, en medio de claros de luna hechos con fuegos de Bengala, que no se puede ya pensar en nosotras sin reír... Había niños que nos conocían por nuestros nombres, nos querían, nos tomaban un poco; pero en lugar de los hermosos libros todos de oro y de imágenes, en que aprendían nuestra

historia, París les ha puesto ahora en las manos la ciencia al alcance de los niños, gruesos libros de donde emana el aburrimiento como un polvo gris y borra en los ojos nuestros palacios encantados... Oh! sí, me he recogido de verlo arder, nuestro París... Soy yo quien llenaba los tarros de petróleo de las incendiarias, y la conducta yo misma a los sitios conculca: "Vamos, hijas mías, quemadlo todo, quemadlo quemadlo..."
—Decididamente esta vieja es loca, dijo el presidente. Levósta.

ALPHONSE DAUDET.
Del generalísimo Foch, jefe de los Ejércitos Aliados.

Los principios tácticos para ganar las batallas modernas

III
(CONCLUSION)

Empleo de las diversas armas

La artillería.— La artillería es el arma que inicia los ataques, por su alcance y movilidad en avance o retirada cuando las circunstancias lo impongan.
Ayuda eficazmente a las fuerzas de avance o descubierta en sus reconocimientos, localiza al enemigo y lo amaga en el punto a donde se dirige la ofensiva. También allanará los obstáculos que se opongan al avance de la infantería y batallón de reducidos en que esté emplazada la artillería enemiga.

Silencio que se haya la artillería del adversario, despejará el camino que va a recorrer la infantería en su avance, en todo el frente de ataque. Ayudará a la misma infantería a resolver y dominar cualquier esfuerzo en los combates decisivos. Además, la artillería posee en alto grado el poder de la sorpresa.
Infantería.— Siendo la artillería el arma que inicia el combate, puede prescindir de cierta protección, para no incurrir en temeridad. La infantería debe aclarar a la artillería el sitio y asegurar su estabilidad ocupando constantemente los lugares que deben ser protegidos de acción, siempre a una distancia bastante para resguardar a la artillería contra las contingencias de un ataque de la infantería enemiga.

Independientemente de su rol protector, la infantería tiene el principal papel en la preparación cuyo fin, según se lo dicho tiene especialidad a localizar la resistencia atrayendo sobre sí el fuego del enemigo. Las tropas de preparación deben ante todo movilizar al enemigo, lo cual obligará a la infantería a atacarlo y a amenazarlo con un ataque en su base principal con un asalto o de otro modo aproximándose a cierta distancia.
Las tropas del frente deben utilizar la fortificación pasajera para sostenerse contra el ataque del enemigo. No solamente las unidades más avanzadas deben proseguir su ataque sin vacilaciones y con toda energía, hasta invadir lo más que se pueda del campo enemigo, sino que las fuerzas que les siguen cuando segunda línea del ataque, deben

consolidar etapa tras etapa, todos los puntos conquistados. Logrado esto puede decirse que la preparación ha surtido el efecto deseado, puesto que:
Ha ocupado sus puestos avanzados;
Ha inmovilizado al enemigo por una serie de esfuerzos, que lo colócan bajo la amenaza de un serio ataque;
Y lo mantiene bajo la impresión de la inminencia de una ofensiva aún más violenta.

Pero, es el momento en que se ha desrollado todo el esfuerzo posible, en que sus reservas han tomado toda la participación que les corresponde; sus unidades se encuentran despedazadas, reducidos los batallones, sus municiones agotadas. Se presentan a su frente grandes fuerzas enemigas, serios obstáculos hacen su situación insostenible, por el nutrido fuego, que convierte el terreno que queda ante él en una zona infranqueable por la lluvia de proyectiles, cada vez más incesante. Sin embargo, el enemigo, no cuenta aún con haber ganado la jornada. "No se ha llenado aún la tarea si queda algo por hacer". Los laureles de la victoria se ciernen sobre las bayonetas del enemigo. Entonces deben disputarse hasta arrancarlo uno por uno si fuese necesario, en combates singulares, cuerpo a cuerpo. Resultaría ineficaz entonces el reforzar las tropas de preparación, pues sería la misma línea de batalla la que demostraría su debilidad.

Retirarse o lanzarse sobre el enemigo es el ineludible dilema que en estos momentos se presenta. Si cuenta con fuerzas numéricas bastantes estará salvado, porque el número bastanta, si se emplea en la forma debida apoyado por elementos materiales de primera clase, nos permite dominar la jornada, librándonos del violento fuego enemigo. Con cañones silenciaremos la artillería enemiga, si la nuestra es superior; y si además empleamos bayonetas y rifles si no tenemos porque temer los resultados. El número es la superioridad moral, con que contamos sobre el enemigo, si hemos sabido prepararlo, para evidenciar la fuerza y poder de que disponemos.

El número desalienta al enemigo porque se ve impotente para resistir los ataques cuando la superioridad sorpresivamente desplegada ante él lo anonada moral y físicamente, pues no puede concebir ni un momento la idea de rechazar un ataque o evitar la derrota.
Un resultado semejante es la consecuencia lógica y segura de haberse llenado ampliamente las tareas de la preparación, de la ejecución y del aprovechamiento.

La artillería ha debido demostrar su superioridad en el campo de acción silenciando los cañones del enemigo. Tanto la artillería pesada como la de campaña, han de ser siempre eficientes y activas en el teatro de operaciones.
Durante la preparación general para la batalla las tropas de infantería que se destinan al ataque decisivo deben reunirse enfrente del objetivo; empleando al efecto todos los caminos y senderos practicables; allí estarán listas en el punto más próximo posible de las líneas enemigas, cubiertas y protegidas por las tropas de la preparación.

No deben tomar parte en la acción sino en el momento preciso y conducidas en formación compacta hacia sus objetivos sólo cuando ha llegado la oportunidad.
El momento de la acción.
Se ha iniciado por fin el choque. La artillería ha rechazado el ataque del enemigo y la infantería debe desalojarlo de sus posiciones. Para obligar al enemigo a retirarse no basta un intenso tiroteo, hay que iniciar la labor de la infantería en masas compactas, que avancen rápidas y cada vez con mayor apresuramiento a medida que se le acerca; siempre protegidas por la artillería, estrecharán al enemigo ya cargando sobre su frente, saltando sobre sus posiciones avanzadas, arrojándose sobre las filas enemigas, y decidiendo la acción con arma blanca a fuerza de valor y de arrojo. La artillería ayudará arbiéndoles paso, apoyándolos y cubriéndolos. Más, ¿cómo actuarán esas masas de infantería?

La formación varía según el terreno y la distancia a que se haya descubierta la infantería. Dependará de las condiciones del fuego de la infantería cuyo valor se intensificará en el ataque decisivo.
Es en estos momentos cuando debe armarse la bayoneta que, al empuje de masas intrépidas, y de gran agilidad y de rápida adecuada para de acosarse al enemigo hasta anularlo con furiosos encuentros.
La infantería resulta de hecho inerte para emplearse a cierta distancia pero en determinada formación, con movimientos rápidos, puede reducirse al mínimo el efecto de los fuegos enemigos (líneas delgadas, subdivisiones de los flancos, formaciones dispersas). Una vez que ha concluido, la infantería podrá atacar, avanzando a paso redoblado y disparando de una manera moderada pero constantemente.

La caballería, puede cooperar si el terreno es abierto y llano e invadirá luego para esto la selección que se haga de los puntos de ataque.
Es de especial valor el poder reducir la zona de fuego de defensa y si el ataque se emprende desde las inmediaciones, y se realiza con rapidez y con valor el éxito no es dudoso.
Prescripción de carácter general para el buen suceso del ataque es "Partir de un punto próximo a la base y emprender la marcha con rapidez".

Aventuras auténticas

EN EL POZO DE LA FUNDICION

Juan Smith, el humilde obrero de la fundición de acero de Sheffield, protagonista de este relato, fué el héroe de uno de los más hermosos rasgos de valor y de sacrificio personal que se recuerdan, héroe de una acción para la cual se requiere una intrepidez y un valor sobrehumanos.
El hecho ocurrió en el departamento de los Horns de la fundición de Thomas Eirth e Hijos, sobre las ocho de la noche de un Sábado, en el momento en que una cuadrilla de operarios estaba sacando del pozo de

De pronto, entre el estrépito general se oyó un chasquido, y el atónito visitante creó por un momento que se ha producido una erupción volcánica.
¿Qué ha sido? Nada, sino lo que sucede en estos talleres a todas las horas del día, sencillamente, que ha sido volcado un lingote "convertidor" Bessemer y está vertiéndose como si fuera, caldo veinte o más toneladas de algo que parece fuego vivo, pero que en realidad es acero en fusión. De aquel líquido brotan llamaras de diez o quince metros de



fundición un lingote de acero, al rojo, que pesaba veintiséis toneladas.
A los que no conocen el funcionamiento de estas fábricas de Sheffield debe parecerles que van a visitar las regiones infernales cuando entran en uno de dichos talleres. Todo alrededor brotan luces y sombras fantásticas que hubieran encantado al famoso Rembrandt, pero que causan una sensación de terror en el ánimo del visitante que no es artista ni siente los encantos de lo horriblemente fantástico. El ruido es ensordecedor y terrorífico; dinámico al rugido de las fraguas y de los hornos a todo tiro, el borboteo del vapor a alta presión y los silbidos y los chirridos de las sierras de vapor cortando el metal al rojo blanco. Los martillos-pilones machacan con grave golpeo de centenares de toneladas; las planchas de hierro y los carriles son transportados con metálico clamor que resuena por doquier, mientras que las pulsaciones y el alentar de las máquinas retumban con una energía que infunde espanto. Véanse funcionar unas máquinas como si fueran gigantescos seres concientes de su labor y otras álzase inanimadas, terribles y repelentes con su propio silencio.

altura que lamen con ansia las metálicas paredes, llamas de todos los colores del arco iris que todo lo envuelven arrojando al alto chispas de no menor variedad de matices, algo así como una función de fuegos artificiales preparada por un hábil pirotécnico.
En medio de este aparente inferno de calor, ruido y resplandores, van y vienen humanas figuras medio desnudas como demonios servidos de los dios del fuego.
Chorreado sudor, ennegrecidos por el humo y el hollín, trabajan con orden perfecto, como si se hallasen en el taller más limpio, más silencioso y mejor iluminado del mundo, ajenos a los terrores fantasmagóricos de luz y de sombra que surgen en torno suyo. Regulan el funcionamiento de los enrojecidos hornos, dominan las candentes fraguas y los poderosos martillos, y cual la salomandra mítica, parece que pueden respirar y que les es dable jugar con el devastador elemento.

En tan fantástico y emocionante mundo, fué donde se llevó a cabo la hazaña de valor y de altruismo que vamos a describir.
Juan Smith y sus compañeros de trabajo se hallaban al pie de uno de los hornos construídos a los lados de

los pozos de fundición con los cuales se comunican por túneles subterráneos, según el sistema empleado en el procedimiento Siemens o Siemens-Martin por medio del cual se produce el acero directamente del mineral de hierro.

Uno de los compañeros de Juan Smith, llamado Benjamin Stanley, tenía que enganchar la cadena de la grúa transportadora que había de sacar del pozo la gran masa metálica al rojo, y sin saber cómo, el infortunado se escurrió y cayó al pozo. Tal vez fuese porque los gases y el calor del lingote le hubiesen sofocado y porque la hubiera deslumbrado su resplandor y no vio dónde ponía los pies; fuera por lo que fuese, el desgraciado obrero cayó junto a la gran columna de metal abrasador, en el espacio que quedaba entre el lingote y las paredes del pozo, espacio no mayor de setenta centímetros. Claro está que si hubiera caído sobre el lingote mismo se habría quedado convertido en cenizas instantáneamente y no hubiese habido ni la más remota posibilidad de salvarlo. De todas suertes, su situación era gravísima porque estaba pegado casi con el encendido lingote de veintiséis toneladas, atontado o herido por la caída, pues el pozo tenía cinco metros de profundidad, y expuesto en su semi-desnuda condición al calor que irradiaba el monstruo de acero, pues Stanley no tenía puestos más que los pantalones y las botas, y tan escasa indumentaria empezó inmediatamente a chamuscarse para convertirse en seguida en mil lenguas de fuego.

Los compañeros del infortunado obrero retrocedieron horrorizados por el espectáculo, estupefactos y despojados de toda facultad volitiva. Retrocedieron todos, menos uno, el valeroso y altruista Juan Smith. El sólo fué capaz de pensar y de obrar. Rápido como el pensamiento mismo cogió una escalera de mano que había allí próxima, y sin ayuda de nadie la colocó en un pozo contiguo que estaba vacío; bajó corriendo al fondo con tal precipitación que perdió pie y cayó, hiriéndose un poco, pero se levantó a escape, y se metió por el túnel que comunicaba con el pozo donde se hallaba su compañero.

Al entrar en aquel pozo se vió envuelto en el horrendo calor del lingote. Smith, como el infortunado Stanley, no llevaba más que los pantalones y las botas, y por lo tanto carecían de protección su torso, sus brazos y su cabeza.

Detente un momento, lector, y medita. El calor era tan espantoso que un trozo de papel se hubiera aburrillado y tostado en el acto, produciendo una llama. Stanley había caído casi al otro lado de la enrojecida masa de acero, y por lo tanto, su salvador tenía que rodearla por un espacio de setenta centímetros de ancho nada más.
A su lado tenía la encendida columna metálica despidiendo espantoso calor y sofocantes gases. Tocarla con el dedo, con el codo o con el hombro significaba la incineración instantánea de aquel miembro. Y al otro lado estaba la pared circular del pozo, una pared de ladrillos calcificados hasta el punto de abrasar. La mayoría de los hornos habrían retrocedido sin atreverse a desafiar la situación, pero Juan Smith no titubeó ni se detuvo un momento.

Internose en el infernal horno protegiéndose la cara y especialmente los ojos con las manos.
El aire del pozo sofocaba sus pulmones y le producían náuseas los gases del metal. Su piel tostada se contraía y se le chamuscaba el cabello a medida que avanzaba, pero no perdió el equilibrio y llegó adonde estaba el desvalido Stanley.

El desgraciado estaba ya envuelto en fuego, porque sus ropas ardían. Juan Smith lo cogió entre sus brazos a pesar de las quemaduras que sufría y del riesgo de caerse en aquel estrecho espacio, y le llevó por el camino que había seguido al entrar, siendo una de las circunstancias más sorprendentes de este admirable salvamento el que a pesar de hallarse medio inconciente y cegado; lo-grase salir sin que ni él ni Stanley tocasen a la masa candente. Pero al llegar al túnel, no pudo más y cayó desvanecido con su carga.

Para sus compañeros de trabajo estaban ya aporreados. Los resaca de Smith había sido como un latigazo para su paralizada voluntad y a la inercia absoluta sucedió la más ardorosa actividad. Los más próximos, se precipitaron escalera abajo y apagaron las llamas que envolvían los cuerpos del infortunado obrero y de su heroico salvador. Después, con mucho cuidado los sacaron del pozo y en un momento se vieron rodeados de todos los obreros de la fábrica, que suspendiendo sus operaciones, acudían a prestar auxilio.

Rápidamente se trajo un preparado de aceite para curar las pobres y abrasadas carnes de los quemados, cubriéndose las quemaduras con algodón, se administraron a los heridos medicamentos tónicos. Smith recibió el conocimiento y conciente de las horribles quemaduras que sufría fué trasladado al hospital. Su estado era gravísimo, pero a fuerza de cuidado logró curarse. Stanley, cuya situación era desesperada desde un principio, falleció en los tres días.

En los talleres se abrió una suscripción, a la que contribuyeron todos, para recompensar a Smith, el cual recibió una buena cantidad de dinero en premio de su valor magnífico. Además de la cantidad recaudada por los compañeros, la empresa le entregó otra suma y las autoridades le premiaron con una condecoración.

CHAMPANA NACIONAL Y CHAMPANA IMPORTADO VENDE ALFREDO BLANCHARD BANDERA 176

